

DASCAL, Marcelo (ed.): *The Practice of Reason. Leibniz and his Controversies*, Philadelphia, John Benjamins Pub. Co., 2010, xvi, 359 p.

El presente volumen, editado por el destacado leibniziano Marcelo Dascal, profesor en la Universidad de Tel-Aviv, reúne una selección de artículos sobre controversias no tan conocidas como las famosas entabladas entre Leibniz y las teorías de Newton, Malebranche, Arnauld y Bayle, aunque no por ello menos importantes para entender los métodos y formas de argumentación utilizados por este filósofo, maestro en el arte de la controversia, que participó en los principales debates científicos del XVII, el siglo de oro de la discusión erudita, y en diferentes áreas del saber.

Lo que persigue este libro es reconstruir el mosaico del pensamiento leibniziano relativo a las controversias. Leibniz nunca escribió una explicación sistemática que pudiera denominarse *Teoría de la Controversia*, ni hay un único texto que exponga su variada temática, las estrategias e instrumentos para solucionar los conflictos en un debate. Tal teoría se encuentra dispersa en escritos de diferentes periodos de su vida. Él mismo era consciente de que su trabajo en la estructuración de las disputas resultaba incompleto, sin llegar a alcanzar una formulación madura que evitase las discusiones interminables que suponen un grave peligro para el progreso científico y la estabilidad política.

Si bien Leibniz ha sido clasificado como el racionalista por excelencia, no es un racionalismo monolítico lo que aquí se nos muestra, pues junto a una lógica estrictamente deductiva, Leibniz elabora una variedad de herramientas tendentes a captar otros aspectos de la racionalidad. Estamos ante un pensamiento plural que incluye múltiples facetas, como es el caso de la racionalidad *blanda*, situada en un lugar intermedio entre lo irracional y la racionalidad *dura*, axiomática, en donde la oposición entre dos adversarios en el debate desemboca en una contradicción lógica. Nos referimos a la distinción entre el conocimiento demostrativo y la opinión probable, las dos ramas –dura y blanda– del acercamiento dialéctico de Leibniz a la construcción del conocimiento. Dos formas de racionalidad que no se juxtaponen, sino que coexisten en mutua interacción.

La lógica de la racionalidad blanda –en palabras de Leibniz, *blandior tractandi ratio*– alcanza un alto grado de sofisticación al tratar inferencias cuyas conclusiones no son necesarias, áreas del entendimiento humano que escapan a una estricta demostración. Frente a la vía dura, la vía blanda ofrece una lectura no dicotómica de las posiciones opuestas en el debate. En ella el conflicto no se resuelve mediante la eliminación de una de las posiciones en controversia, sino que se produce una conciliación.

En la búsqueda de un término medio entre la imposibilidad y la necesidad –gracias al cual puede Leibniz refutar las acusaciones de spinozismo levantadas frecuentemente contra él– extiende el ámbito del conocimiento demostrativo acudiendo a cálculos probabilísticos para estimar los grados de probabilidad. La *probabilitas* de la dialéctica y retórica medieval se transforma en una probabilidad estadística en sentido moderno, con la matemática aplicada a la evaluación de razones que inclinan pero no necesitan. Una probabilidad matemática como disciplina científica que emerge a partir de la obra pionera de Pascal, Fermat y Huygens, con la que Leibniz estuvo en contacto durante su estancia de juventud en París. Las geniales reflexiones de Leibniz sobre la teoría matemática de la probabilidad introducen el razonamiento probabilístico en su proyecto de *Característica Universal*, el sueño de

solucionar todos los problemas mediante un cálculo racional, incluyendo las controversias políticas y religiosas.

Pero el razonamiento humano no se limita al cálculo. Otros procedimientos semióticos distintos a los calculatorios guían también la investigación. Con su concepción amplia de la lógica y frente al paradigma de la racionalidad dura basada en la lógica matemática, desarrolla Leibniz una elaborada lógica blanda de las presunciones que, haciendo uso de la metáfora, hace inclinar la balanza según el peso de los argumentos sin llegar a necesitar. Esta teoría de las presunciones proviene de la práctica jurídica y Leibniz, experto jurista, la integra en la metodología analítica, siempre buscando técnicas de aprehensión de lo no demostrable.

Estaba Leibniz interesado en conocer las visiones de sus oponentes, pero a la vez quería encontrar una salida a las discusiones interminables, reconciliar opuestos en los debates científicos mediante el empleo de un acercamiento conciliatorio. Y evitar así el escepticismo en filosofía y la indiferencia en materia de religión.

Busca Leibniz construir un *methodus disputandi* (LAERKE) que establezca reglas estrictas para la práctica de la controversia y evite que el intercambio argumentativo degenerare en una disputa violenta, en el cisma y en el sectarismo. Se hace indispensable un método de moderación de carácter mecánico en donde los participantes se vean forzados a ajustarse a la forma.

Debido a que la mayoría de las controversias filosófico-teológicas derivan de la ausencia de definiciones correctas, conceptualiza Leibniz las reglas de la controversia religiosa en el diálogo con Bossuet (FRÉMONT), que tiene lugar en un intrincado contexto político y diplomático, con diferentes y múltiples intereses a la base de las negociaciones irénicas. Utiliza una nueva lógica más fina que la lógica vulgar que sólo trata de lo necesario. Una especie de máquina de debatir con una dialéctica *sui generis* que pretende alcanzar conclusiones incluso en el ámbito de lo contingente, las verdades que se resisten a la demostración y que son las que provocan argumentos contrarios dando lugar a la controversia. El resultado no es una demostración *stricto sensu*, no tiene quizás la elegancia de una demostración geométrica, pero de lo que se trata es de comparar razones para estimar su peso. La prueba es ahora la búsqueda de las mejores razones.

En esta misma línea de pensamiento, Leibniz utiliza un método para reorganizar el derecho (BOUCHER) y demostrar la coherencia del sistema de leyes a partir de unas normas de base fundadas en el cálculo de probabilidades, de modo que se combine la riqueza de los efectos con la simplicidad de las soluciones.

Leibniz se muestra orgulloso y fascinado por su nuevo cálculo infinitesimal (SERFATI), un soberbio mecanismo con un amplio campo de aplicaciones. El entendimiento divino no necesita infinitesimales para conocer, pero en los humanos esas ficciones bien fundadas permiten que al utilizarlas se obtengan resultados efectivos. Gracias al principio de continuidad, el metaprincipio que gobierna el pensamiento simbólico, lo infinito se hace accesible mediante un sistema finito de signos. Sin embargo el físico holandés Huygens, mentor matemático de Leibniz durante su estancia en París, rechazó admitir un valor al nuevo cálculo infinitesimal leibniziano (CHAREIX).

Es una corta pero significativa controversia la que se establece entre Leibniz y el filósofo ocasionalista Lamy (BLANK). Se inicia con un análisis y comentario a la primera edición *De la connoissance de soi-même* de Lamy, en donde Leibniz rechaza su afirmación de

que los pensamientos abstractos pueden ocurrir independientemente de los procesos del cuerpo orgánico. Se sigue con la respuesta de Leibniz a la crítica de Lamy a su sistema de la armonía preestablecida. Sin embargo Leibniz acabó abandonando la idea de que la armonía preestablecida fuese una explicación suficiente para entender la unión metafísica del alma y el cuerpo. Y ello en respuesta a las objeciones del jesuita Tournemine de que tal teoría no aporta una auténtica unión metafísica, sino sólo una explicación natural de los fenómenos. La teoría del *vinculum substantiale*, una explicación de la unión metafísica que implica algo más que la armonía preestablecida, fue desarrollada posteriormente en la correspondencia con des Bosses. Finalmente, en carta de 1715 a Nicolas Remond, consejero del duque de Orleans, Leibniz acabará integrando en un marco platónico los aspectos aristotélicos de su teoría de la sustancia compuesta.

La controversia de la *vis viva* (SHIMONY), que opone a cartesianos y leibnizianos, surge en 1686 con la publicación de la *Brevis demonstratio* en que Leibniz ataca la medida cartesiana de fuerza. Es decir, medio siglo antes de que se publique el *Traité de dynamique* (1743) de D'Alembert, que resuelve la disputa con una solución positivista, asegurando que los argumentos relativos a medidas de fuerza son inútiles para la mecánica. Sin embargo Leibniz tenía razones metafísicas y no físicas o mecánicas para preferir el principio de conservación de la fuerza viva, una realidad que se sitúa por encima de la propiedad de la extensión y que se expresa matemáticamente mv^2 como fórmula precursora del principio de conservación de la energía.

En el *De ipsa natura*, publicado en 1698 en las *Acta Eruditorum* de Leipzig, Leibniz entra en el debate entre Sturm, profesor de la universidad de Altdorf, y el médico Schelhammer (DASCAL y FIRT), pero como conciliador, más que como contendiente, pues no pretende situarse en uno u otro polo de la dicotomía, sino buscar una alternativa viable para ambos. La polémica partió de cuestiones planteadas por el químico Robert Boyle en su *A Free Enquiry into the Vulgarly Received Notion of Nature* (1686), quien al afirmar que para entender los principios de la naturaleza hay que emplear explicaciones mecánicas se enfrentó con los filósofos platónicos de Cambridge. Como Boyle, Sturm tiene una visión puramente mecanicista de las leyes de la naturaleza, que actúan únicamente según causas eficientes dominando desde lo externo, mientras que para Schelhammer las leyes de la naturaleza se localizan en las cosas mismas como fuerzas. Leibniz aclara el punto de vista de Schelhammer, asegurando que resulta inconsistente acudir en este tema de la naturaleza a factores o explicaciones externas, pues toda actividad deriva de fuentes internas, una fuerza activa en las cosas creadas que es huella de Dios. En definitiva, el mecanicismo tiene su origen en una fuente metafísica.

En la controversia de Leibniz con el aristotélico Stahl (CARVALLO), los dos rechazan la tesis cartesiana del animal máquina que niega un alma a los animales. Para ellos el alma es el principio de acción de los seres vivientes. Sin embargo Leibniz se sitúa contra la interpretación vitalista o animista de la acción en Stahl, para quien la vida se caracteriza por la emergencia de la finalidad en la materia, un propósito vital llevado a cabo por las funciones orgánicas. Sobre ese fondo analógico de la utilización por ambos filósofos del concepto de organismo, busca Leibniz mediante su hipótesis de la armonía preestablecida evitar la acción directa del alma sobre el cuerpo.

La controversia que se establece entre Leibniz y el escéptico Foucher (MENDONÇA) se relaciona con el *Système nouveau*. ¿Qué fue lo que provocó una cadena de reacciones generadora de controversias cuando precisamente Leibniz se presenta en esta obra como un conciliador? No está tratando Leibniz temas nuevos, lo que es nuevo es la solución que aporta. Pero Foucher no entendió lo transmitido por Leibniz en este texto fundamental.

En la polémica con el cartesiano Papin (REY), Leibniz intenta convertirle a la dinámica, que se propone mostrar la relación jerárquica entre la física y la metafísica. El punto de divergencia es el significado de la fuerza. Papin identifica la fuerza con la cantidad de movimiento, mientras que Leibniz ve una esencial diferencia entre ellas. Si Papin defiende el principio de conservación de la cantidad de movimiento, Leibniz por su parte defiende el principio de conservación de las fuerzas vivas, esencial para su dinámica.

Leibniz se opone a Samuel von Pufendorf, historiador en la corte de Berlín y con una sólida posición en las cortes europeas (DÖRING). Frente a Pufendorf, que separa netamente entre revelación y razón, Leibniz se esfuerza por probar la coincidencia entre ambos conceptos. Pues sólo por medio de la razón se logrará acabar con las diferencias entre las confesiones.

Con Daniel Jablonski (RUDOLPH), predicador calvinista en la corte de Berlín, Leibniz desarrolla dos proyectos: el plan de fundación de la Sociedad de Berlín, la futura Academia de Ciencias de Prusia, y la reconciliación de las divisiones protestantes entre luteranos y calvinistas. Es Leibniz un espíritu ecuménico que se esfuerza por reunificar la cristiandad, superar los cismas religiosos como un prerequisite para la armonización de Europa. Y sin embargo falló en su noble intento de lograr la unidad de los cristianos.

Leticia CABAÑAS
IES Gregorio Marañón (Madrid)

RODRÍGUEZ, Mariano: *La teoría nietzscheana del conocimiento*, Madrid, Eutelequia, 2010.

1. Expresar, -se y -nos

*Si se piensa, qué ser más complicado es el hombre: ¡qué infinitamente difícil le resulta expresarse realmente! La mayoría de los hombres permanecen encerrados en sí mismos y no pueden salir fuera, esto es esclavitud. Poder hablar y escribir significa ser libre: aunque por supuesto que no siempre salga lo mejor; pero es bueno que se haga sensible, que encuentre palabra y color. Es bárbaro quien no puede expresarse, quien parlotea servilmente.*¹

El autor de *La teoría nietzscheana del conocimiento* rescata este apunte escrito en 1874 por Nietzsche. Aquí, a su vez, yo lo pongo en primer plano. ¿Por qué? En primer lugar, en él se habla sobre el lenguaje. Y es esta temática también la que abre a modo de introducción

¹ Nietzsche, F.: *Kritische Gesamtausgabe Werke*, Berlin-Nueva York: Walter de Gruyter, 1968 u. ff. Nachgelassene Fragmente 3-4, 37 (8) que corresponde a 1874. Las traducciones son las que aparecen en la edición del libro reseñado.